

Hacia la formación de la interioridad

Introducción

Nuevamente nos encontramos con un tema con carácter **correctivo**. Hablamos de formación de la interioridad porque, tristemente, en muchas ocasiones la atención de los formadores se ha centrado en la exterioridad, es decir, en aspectos meramente externos que no involucran suficientemente a la persona del seminarista. A este tipo de formación corresponde una actitud de cumplimiento, en la que se cubren formas y apariencias, prácticas y métodos, pero sin comprometer el corazón. Este fenómeno puede acarrear desastrosas consecuencias: sacerdotes que se tornan funcionarios intransigentes en cosas meramente externas pero son incapaces de tocar el corazón. Viene a la memoria el episodio casi inicial del libro de los Hechos: *Al oír estas cosas, todos se conmovieron profundamente, y dijeron a Pedro y a los otros Apóstoles: «Hermanos, ¿qué debemos hacer?»* (Hech 2, 37). Para que la predicación conmueva profundamente al auditorio es necesario que el sacerdote se experimente previamente esta conmoción, que *adhiera a las entrañas lo que oye*, como decía San Juan de Ávila.

La maduración de la interioridad del pastor se manifiesta en una **serie de sensibilidades** que van creciendo con el tiempo: sensibilidad litúrgica, sensibilidad bíblica, sensibilidad pastoral, sensibilidad artística, sensibilidad teológica, sensibilidad humana, sensibilidad orante, sensibilidad comunitaria... Consigue así un tejido que constituye el “ethos” del sacerdote, es decir, el criterio y la guía de su moralidad como pastor.

Dos casos en los que se echa en falta la interioridad.

El sacerdote que asume las funciones de un **burócrata**, poniendo a la gente continuas exigencias y tramites, sin interesarse lo más mínimo por su situación personal o por las circunstancias de su vida. Sitúa a sus destinatarios en la perspectiva de un cumplimiento donde ni se involucra él ni permite que lo hagan ellos. Peor todavía cuando por dichos trámites hay que pagar... consecuentemente las personas se acercan a la Iglesia temiendo un regaño y sabiendo que tendrán que pagar. Se trata de cumplir y, expresamente, de nada personal. Basta imaginar si éste es el funcionamiento del confesionario, los efectos destructivos en la formación de la conciencia de los fieles.

El sacerdote que preside las celebraciones litúrgicas **superficialmente**, sin concentrarse en ellas, a veces a toda prisa, sin la debida atención. Proclama la Palabra de Dios y celebra los misterios de un modo frío e impersonal. Hace celebraciones válidas, quizá muy ajustadas a las normas, pero irrelevantes para la vida de las personas. En contraste, viene a la mente la rúbrica de la comunión del sacerdote en el viernes santo: *comulga reverentemente el cuerpo de Cristo*. Podemos decir: proclama vivamente el evangelio... distribuye diligentemente la comunión a los enfermos y ancianos... Esta reverencia, esta viveza, esta diligencia, proceden de la interioridad del ministro y manifiestan una especial sensibilidad.

Ya se puede valorar la necesidad de la formación de la interioridad, saliendo del cumplimiento y yendo a valores más de fondo. Vamos a poner atención a varios sentidos de la interioridad.

La interioridad como identidad personal.

En el curso de preparación para el matrimonio se plantean a los novios unas preguntas: ¿Conoces los sentimientos más frecuentes de tu pareja? ¿Sabes cuáles son sus motivaciones? ¿Identificas sus principales anhelos o deseos? ¿Cuáles son sus momentos de frustración? Es llamativo que muchos de ellos no saben responder a estas preguntas, cayendo en la cuenta de que desconocen a su pareja. Efectivamente, uno conoce verdaderamente a una persona cuando, yendo más allá de las apariencias superficiales, sabe identificar su interioridad.

Diversos sentidos de la interioridad.

El primero y más evidente **se opone a la exterioridad**. Lo exterior da toda la importancia a la apariencia, está también en la línea del cumplimiento, que se pone en duda al grado de que exterioridad

también llega a significar falsedad, es decir, una actitud exterior que no tiene su correlativo en el interior de la persona. Algunos ejemplos pueden clarificar la idea:

El seminarista que es experto en la liturgia, critica el modo de actuar de todos los demás en ese ámbito, sabe manejar a la perfección el incensario, pero no tiene una auténtica actitud religiosa cuando participa en la liturgia. Gradualmente la liturgia se va transformando para él en una especie de teatro, donde todo es perfecto pero no hay corazón.

El seminarista que cumple con el horario destinado al deporte, pero no hace un verdadero ejercicio físico. Va, pero no tiene ninguna convicción al respecto. En cuanto sale del régimen del seminario abandona totalmente el deporte.

Es importante formar al seminarista en la auténtica vivencia de la liturgia, en una opción convencida por el deporte, de modo que los actos que se repiten durante la formación inicial tengan continuidad en la formación permanente.

En un segundo sentido, la interioridad se refiere al **ámbito religioso**. Hablamos de que hay vida interior cuando la persona tiene un auténtico trato de amistad con Dios, una unión personal con Jesucristo, una experiencia viva de las mociones espirituales. También hay vida interior cuando la persona hace una consideración de la Palabra de Dios, a través de la oración mental, realizando operaciones como examinarse, meditar y contemplar, dando como resultado un corazón habitado por la Palabra de Dios y un hábito de oración. La vida interior se expresa a su vez en gestos sencillos y espontáneos, como la visita a Jesús Sacramentado, la intercesión, la alabanza, la conciencia de la presencia de Dios, etc. En ocasiones se puede oponer la vida interior a la mera realización de prácticas espirituales, cuando estas se realizan de modo superficial.

La formación espiritual del seminarista está encaminada a establecer la unión personal con el Señor, como bien expresa el decreto *Optatam Totius: Puesto que han de configurarse por la sagrada ordenación a Cristo Sacerdote, acostúmbrense a unirse a El, como amigos, en íntimo consorcio de vida* (OT, 8).

La interioridad se opone también a **dispersión**. Es la capacidad de entrar en sí mismo, sea para concentrarse en el estudio, para orar, para descansar... La interioridad de las personas hoy se ve con frecuencia invadida por la propaganda, el internet y las redes sociales. Tristemente, también por la pornografía. En este sentido, la formación deberá ayudar al seminarista a conquistar su propia intimidad, garantizando que sea fecunda y profunda. De esta interioridad recuperada dependen elementos esenciales de la formación, como pueden ser la capacidad para formular el propio pensamiento, la disponibilidad para orar y hacer ejercicios espirituales, la preparación para auténticas relaciones humanas. La posesión de la propia interioridad es condición necesaria para el primer paso metodológico: permanecer atento y para toda la formación. Por eso conviene que se pongan medios eficaces al respecto ya desde el curso propedéutico: que el seminarista descubra el valor del silencio desarrollando la capacidad de aprovechar sus tiempos de soledad. Efectivamente, la persona madura en la soledad y no solo en las relaciones o en las actividades comunitarias.

En algún sentido, la interioridad implica una profundidad que se opone a la **superficialidad**. Me refiero al juicio superficial, tan frecuente en la sociedad actual. Nos sentimos autorizados a opinar sobre todo, tantas veces sin el menor conocimiento e incluso sin suficiente respeto a la realidad y a las personas. Pero el hombre que posee una interioridad reflexiona antes de hablar, fundamenta su actitud crítica en un pensamiento propio, elabora criterios que guían su acción. Deja de obedecer a los impulsos del momento para actuar con criterios estables. Un rasgo típico de este hombre más profundo en la vida espiritual es la capacidad de silencio y de recogimiento.

La expresión "**hombre interior**" remite a un contenido complejo: todo lo que habita en el corazón del hombre y le da sentido: ideas, intenciones, motivaciones, sentimientos, imágenes, fantasías, deseos, aspiraciones, determinaciones, opciones... este conjunto de cosas se convierte en la mayor exigencia. Así como se usa la expresión "tener amueblada la cabeza", podríamos decir que el hombre espiritual

tiene amueblado su interior, es decir, lo tiene armonizado desde el evangelio. A esta armonía le podemos llamar también “solidez” o “consistencia”, siendo un criterio importante para el discernimiento vocacional. Cuando los documentos de la Iglesia hablan de una “vocación firme”, se refieren a esto.

El desarrollo de las sensibilidades

No podemos verificar el crecimiento del hombre interior, pero sí podemos observar el desarrollo de una serie de sensibilidades que solo pueden brotar del corazón de la persona. Pongamos atención a algunas de ellas:

La **sensibilidad bíblica** se desarrolla gradualmente a lo largo del proceso formativo. Tomando en cuenta la aproximación orante a la Palabra de Dios que el seminarista haya tenido previamente, a través de una primera presentación del texto bíblico en el curso propedéutico, por la meditación de los evangelios durante la etapa discipular, por el estudio sistemático de la Sagrada Escritura y la oración contemplativa en la etapa configuradora. La colación del ministerio de lector corona este proceso a través de un compromiso público de vinculación con la Escritura y la enseñanza de la fe. El seminarista, sobre todo, va adquiriendo la sensibilidad necesaria para realizar una aproximación crítica y orante a los textos bíblicos, encontrando en la meditación de la Palabra su alimento cotidiano.

La **sensibilidad espiritual** que permite al seminarista evaluar su propio camino espiritual e identificar las necesidades espirituales de los demás. A su desarrollo contribuyen la oración cotidiana, con el aprendizaje de los métodos de oración, los ejercicios espirituales y el propio proceso de acompañamiento espiritual. Como sacerdote podrá ser maestro de oración. Esta sensibilidad le permitirá acoger aspectos importantes de la religiosidad popular e incluso de otras religiones y al mismo tiempo proponer los cambios que sean necesarios.

La **sensibilidad litúrgica** brota del fondo profundo de una auténtica vivencia del misterio de Dios en los actos litúrgicos. El seminarista desarrolla la delicadeza en todo lo que se refiere al culto: objetos sagrados, vestidos litúrgicos, etc., aplicando no sólo las rúbricas, sino también el sentido común, o el sentido litúrgico que ha ido adquiriendo. Aquí es significativo el ministerio de acólito que pretende ayudarlo a formarse en este aspecto. Se hará capaz de preparar ministros para la liturgia: lectores, acólitos, acogedores, ministros de la comunión, cantores, etc. Tenderá a hacer de la acción litúrgica una experiencia viva para sí mismo y para los demás, gestionando con buen sentido la palabra, los gestos, el silencio, las acciones... todo para propiciar una experiencia espiritual.

La **sensibilidad social**. El seminarista comprende y vive la propia vocación no solo como unión con Dios, sino también como un servicio social. Esto le llevará como sacerdote a una particular cercanía con los pobres y a una relación prudente con las autoridades locales. Sentirá como propio el mundo de los trabajadores y asumirá también personalmente el trabajo cotidiano como regla de vida. Será cuidadoso para no utilizar el ministerio como cauce para conseguir privilegios de cualquier tipo. Experimentará el gozo de compartir la vida y las esperanzas con los humildes, acompañando sus procesos vitales. Al mismo tiempo, porque ha reconocido y apropiado su propio origen social, se experimentará más libre para relacionarse con personas de cualquier otro nivel social.

La **sensibilidad cultural**. La cultura es el conjunto de ideas y convicciones que caracterizan a un pueblo, a un grupo social o a una época. La sensibilidad cultural es la capacidad de percibir el genio de un ámbito social y de interactuar con él. Es el seminarista que sabe situarse, por ejemplo, en un ámbito juvenil, utilizando el lenguaje adecuado y cultivando las actitudes correspondientes. Pero sabe situarse también en un asilo de ancianos, o en un ámbito de intelectuales. La capacidad de percibir y valorar los rasgos culturales de un grupo es una condición para el discernimiento que permite evangelizar la cultura. Efectivamente habrá que discernir qué rasgos culturales debe asumir y en qué puntos debe actuar “contraculturalmente”.

La **sensibilidad celibataria**. Si en el matrimonio la persona enfoca su capacidad de amar en un tú concreto, en el celibato, el seminarista incluye a muchos otros, particularmente a los que por cualquier

motivo no son amados. La sensibilidad en torno al celibato le ayudará a permanecer atento al desarrollo de la sensibilidad opuesta, sea en la línea de la búsqueda de una pareja, de los hijos o de seguridades afectivas en la vejez.

La **sensibilidad teológica**. Por su formación intelectual y por la práctica pastoral, el seminarista va adquiriendo la habilidad para equilibrar las verdades teológicas y para enseñarlas con sencillez y claridad al pueblo de Dios, recurriendo adecuadamente a las diversas fuentes.

La **sensibilidad tecnológica**. Hoy es particularmente relevante la habilidad digital y tecnológica de los seminaristas. Quizá no estamos los formadores en la disposición de enseñarles mucho sobre esto, pero sí de ayudarles a conseguir criterios objetivos y pastorales para el uso del internet y las redes sociales. Es siempre interesante que un seminarista vaya perfilando una presencia adecuada en estos medios, a la vez que limita su uso.

La **sensibilidad comunitaria**. La experiencia de los seminaristas que viven en comunidad durante años exige una continuidad en el ejercicio del ministerio. Por un lado, en la línea de la fraternidad presbiteral y en la disposición personal a poner en práctica algún género de vida común. Por otro lado, en el sentido de pertenencia a una comunidad cristiana con la que el presbítero comparte su caminar en la fe.

Podríamos continuar describiendo muchas otras sensibilidades. Como formadores, nos interesa observar el tejido personalísimo que cada seminarista va haciendo de estas sensibilidades, que marca sin duda un estilo sacerdotal.

También conviene poner atención al desarrollo de sensibilidades que puedan dañar la identidad presbiteral no porque sean mañas en sí mismas, sino porque se oponen al modo de vivencia de los consejos evangélicos en la vida sacerdotal, por ejemplo, la sensibilidad conyugal, la sensibilidad empresarial, la sensibilidad profesional. Hay lugares donde pareciera que no estamos felices con un ejercicio humilde del ministerio presbiteral y sentimos la necesidad de revestirnos de otra cosa.

Conclusión

El desarrollo de la interioridad es fundamental en el proceso formativo. Se puede ver desde diversos ángulos, pero lo realmente importante es que exista. Todo lo que se trabaje en este plano dará materia abundante para el acompañamiento personal y para la elaboración del proyecto personal.